

Página 2

**POESÍA DESDE GAZA**

Refaat Alareer: «If I Must Die».

Página 3

**AUSCHWITZ-BIRKENAU**

Cómo interactúan...

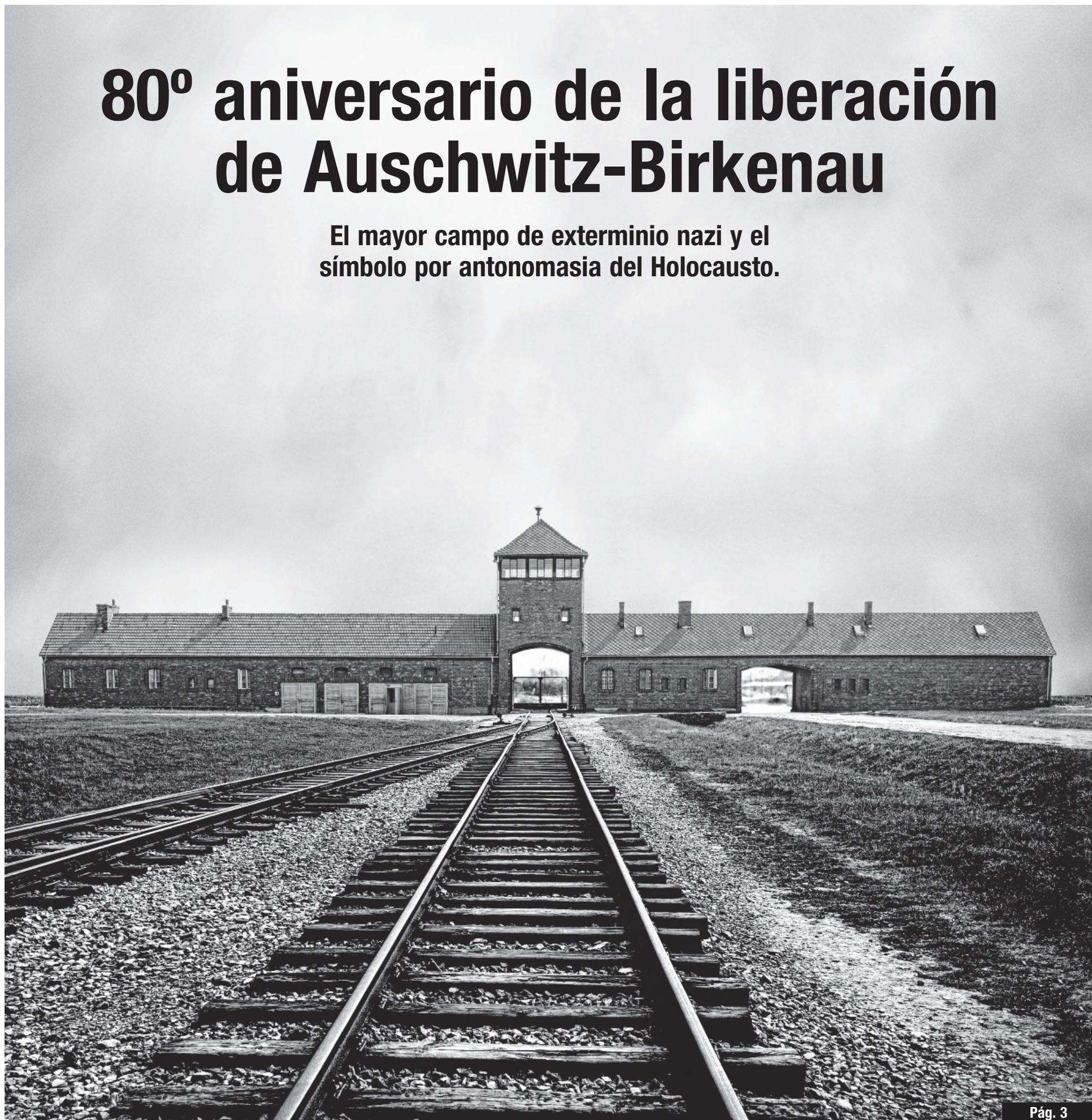
Página 4

**UN BÁVARO EN MANHATTAN**

Oskar Maria Graf: «¡Quémenme!»

## 80° aniversario de la liberación de Auschwitz-Birkenau

El mayor campo de exterminio nazi y el  
símbolo por antonomasia del Holocausto.



«If I Must Die» es el poema más conocido del escritor palestino Refaat Alareer (1979 - 2023). Lo escribió en 2011 y lo publicó por última vez el 1 de noviembre de 2023 en su cuenta de X.

Montserrat Álvarez

montserrat.alvarez@abc.com.py

«Proponer una definición de la fábula como género literario –Carlos García Gual *dixit*– es mucho más difícil de lo que el lector ingenuo puede suponer» (1). Lo menciono porque en la versión española de «If I Must Die» que los lectores encontrarán más abajo puede extrañar la traducción de *tale* por *fábula* (generalmente, veo que la mayoría opta por «cuento», y, en segundo lugar, por «historia»). El motivo más obvio es la eufonía, pero no es el único.

¿Qué es una fábula? Una ficción que revela una verdad (*lógos pseudés eikonízon alétheian*), dice Teón en sus *Progymnasmata* –definición que Aftonio reproduce y Rodolphus Agrícola traduce, siglos después, al latín en *Aphthonii Progymnasmata* (Amsterdam, Apud Lud. Elzevirium, 1649). Un discurso ejemplar o demostrativo con apariencia de ficción (*exemplaris seu demonstrativa sub figmento locutio*), escribe Boccaccio en su *Genealogía deorum gentilium* (c. 1350). Un relato ficticio pero verosímil que presenta una imagen de la verdad (*oratio ficta verisimili dispositione, imaginem exhibens veritatis*), afirma Prisciano (2).

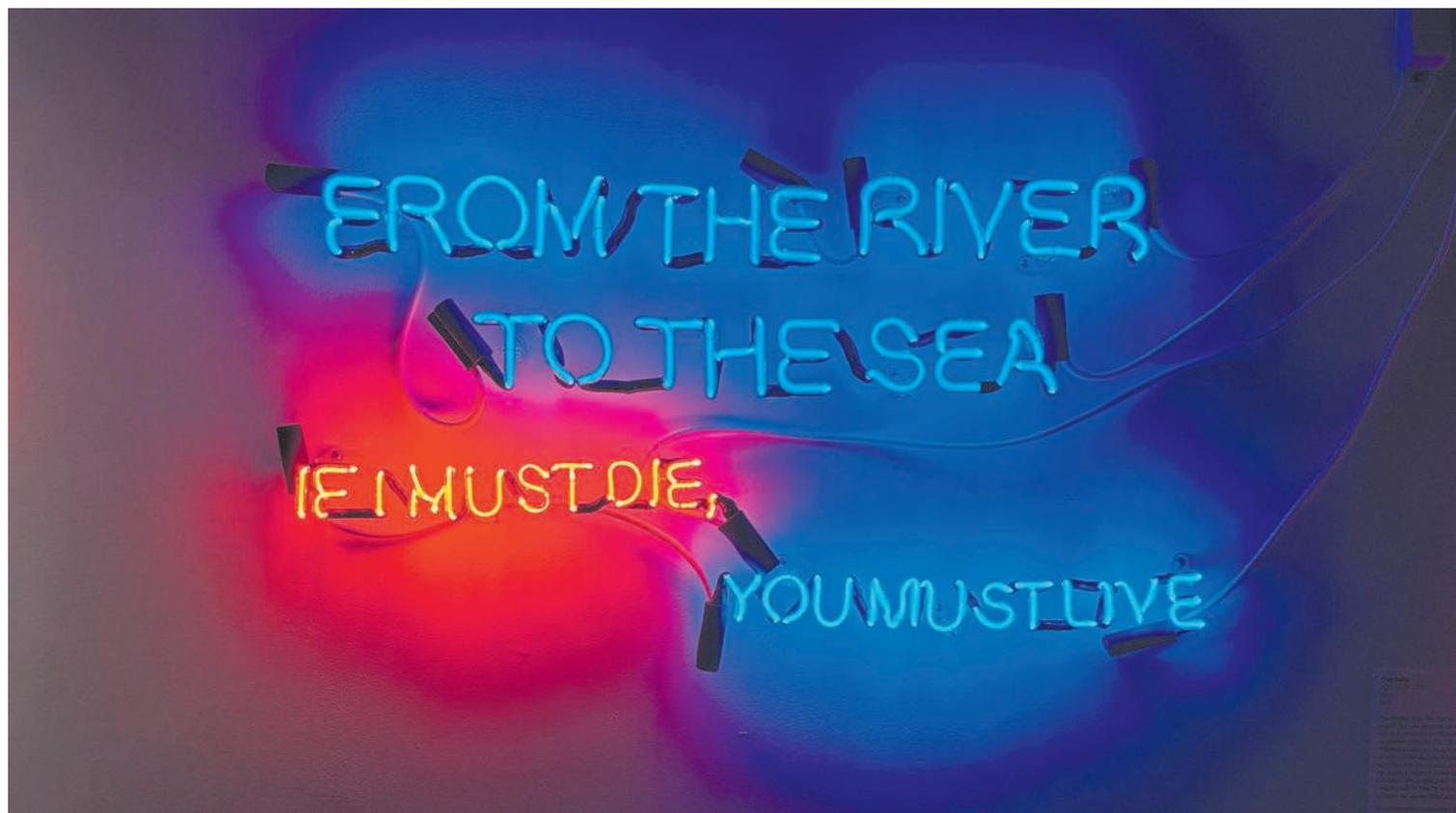
No son pocos, como se ve, los autores que reconocen el valor gnoseológico de la fábula –una pieza, para Nietzsche, del engranaje filosófico (recordemos ese *planeta perdido, entre incontables sistemas solares, donde unos animales inteligentes un día inventaron el conocimiento...*). Que, por fantasiosos que sean sus ropajes, el núcleo de la fábula no miente es algo sabido desde la Antigüedad.

Porque el arte de la fábula es antiguo, e incluso en su forma moderna y –desde el siglo XVIII– domesticada de literatura edificante para niños burgueses conserva algo del espíritu aguerrido y pragmático de arma y preparación para la existencia que debió tener en sus inicios populares de tradición oral. Decía Fedro que la fábula fue inventada por esclavos para enmascarar sus ideas y evitar represalias. Representa, pues, también el triunfo de la inteligencia sobre la adversidad. Y, por ende, presupone la adversidad. Así, hablando de Esopo, escribió García Gual: «En el espejo alegórico del mundo bestial se refleja una sociedad dura, en constante lucha por la vida. A pesar de su pretendida ahistoricidad, con su referencia a seres guiados por sus apetitos naturales, en esta concepción del universo animal como sociedad competitiva y despiadada se deja sentir un trasfondo histórico ineludible» (3).

#### «Un trasfondo histórico ineludible»

El poema que traducimos aquí, «If I Must Die», es el más conocido del escritor palestino Refaat Alareer (1979 - 2023), profesor de literatura en la Universidad Islámica de Gaza asesinado por el Ejército de Israel en un bombardeo el 6 de diciembre de 2023 junto con su hermano, su hermana y cuatro de sus sobrinos. Según la organización europea con sede en Ginebra Euro-Med Monitor, el ataque militar apuntó con precisión quirúrgica al departamento donde se encontraban (4). Para entonces, el campus donde el profesor Refaat Alareer había dado clases durante años ya estaba destruido, y su rector, el matemático y físico teórico Sufian Tayeh, había muerto junto con toda su familia en un ataque aéreo israelí contra su casa, en el campo de refugiados de Jabalia. Cinco meses después, el 26 de abril de

# «Si tengo que morir, haz que sea una fábula»: Refaat Alareer, el poeta de Gaza



«You Must Live», obra del artista Phil Garip con versos del poema de Refaat Alareer «If I Must Die».

2024, la hija de Refaat Alareer, Shaimaa, también fue asesinada en un bombardeo israelí contra su casa junto con su marido y su bebé recién nacido.

Pero fue antes, durante la ofensiva israelí del invierno de 2008, que Refaat Alareer, cuya lengua materna era el árabe, empezó a escribir en inglés. En inglés tenía más posibilidades, consideró, de dar a conocer al mundo la realidad enterrada debajo de «las multimillonarias campañas de desinformación de Israel» (5). «If I Must Die» fue uno de sus primeros poemas en inglés. Lo publicó en su blog *In Gaza, My Gaza* el 27 de noviembre de 2011, y fue reproducido el 16 de enero de 2012 en la web estadounidense *Mondoweiss* y el 16 de diciembre de 2012 en la revista londinense *Global Poetry*. El 1 de noviembre de 2023, lo tuiteó, y ese tuit sigue fijado en su ya inactiva cuenta de X. A continuación, publicamos este poema en su idioma original, seguido de nuestra traducción al castellano.

#### If I Must Die

If I must die,  
you must live  
to tell my story  
to sell my things  
to buy a piece of cloth  
and some strings,  
(make it white with a long tail)  
so that a child, somewhere in Gaza  
while looking heaven in the eye  
awaiting his dad who left in a blaze  
— and bid no one farewell  
not even to his flesh  
not even to himself—  
sees the kite, my kite you made, flying up  
above  
and thinks for a moment an angel is  
there  
bringing back love  
If I must die  
let it bring hope  
let it be a tale

#### Si tengo que morir

Si tengo que morir  
tú tendrás que vivir  
para contar mi historia  
para vender mis cosas  
Para comprar un pedazo de tela  
y unas cuerdas  
(hazla blanca  
con una cola larga)  
Para que un niño en algún lugar de Gaza  
cuando mire a los ojos al cielo  
mientras espera a su padre  
que partió en una llamarada  
sin despedirse de nadie  
ni siquiera de su carne  
ni siquiera de sí mismo  
vea volar tu pandorga  
la pandorga que me hiciste  
y piense por un instante  
que hay un ángel ahí arriba  
devolviéndole el amor  
Si tengo que morir  
haz que traiga esperanza  
haz que sea una fábula

#### Mundus est fabula

La fábula es una ficción que revela una verdad, decíamos, parafraseando, más que traduciendo, a Teón (*mythos ésti lógos pseudés eikonízon alétheian*). La idea de la ficción como espejo de la realidad no es nueva, y tampoco lo es la idea inversa –que la realidad es ficción, fábula, sueño–. «Mundus est fabula» reza el libro que Descartes sostiene abierto en el inquietante retrato pintado por Jan Baptist Weenix en 1647. Dado que la fábula comunica un saber sobre la realidad con el recurso de la fantasía, si el mundo es fábula debe tener un sentido, encerrar una verdad –que ha de ser puesta en palabras para poder revelarse, como es propio de la fábula–. Eso reclaman estos versos de Refaat Alareer, suerte de *ars poetica* en la tradición de la primera obra así denominada, la horaciana *Epistula ad Pisones*, cuya vocación, compartida con la fábula, de

transmitir bajo una forma amena y bella es señanzas útiles aunque a veces amargas (*Orne tulit punctum qui miscuit utile dulci, lectore delectando pariterque monendo...*) cobra retrospectivamente tonos lúgubres en tanto que enunciada desde el escenario de una masacre en el curso de la cual el autor será, en la vida real, asesinado. En tal escenario esa vocación supone, antes que solo edificar, salvar –de la locura, de la degradación, del odio: la gran victoria de los palestinos es, en efecto, haber perdido, pese a las circunstancias, su dignidad ni su humanidad–.

El mundo es una ficción, un cuento, en sentido de que no podemos llegar a conocer tal como es *en sí*, porque para nosotros todo está mediado por las palabras. Todo está hecho de palabras. Y a pesar de eso, o por eso mismo este nuestro viejo mundo *contado por un idiota lleno de ruido y de furia, que no significa nada* será mil y una veces más mil y una fábula de mil y una noches. La elección del término *fábula* quiere, en resumen, respetar la que creo (no sé si con acierto) que fue la intención del autor: *Mundus est fabula*, sí, ¿pero qué fábula? La que tú escribirás, dice el poema: *Si tengo que morir, haz que sea una fábula*.

#### Notas

(1) Carlos García Gual: «Introducción General». En: Esopo (1993). *Fábulas*, Madrid: Gredos, p. 7.

(2) Citado por Cristóbal Suárez de Figueroa en *Plaza universal de todas ciencias y artes*, Madrid, 1615.

(3) García Gual, *op. cit.*

(4) «Israeli Strike on Refaat Al-Areer Apparently Deliberate», *Euro-Med Monitor* 08/12/2023: <https://euromedmonitor.org/en/article/6014>

(5) Ver: <https://anfenglish.com/features/renaat-alareer-living-under-israeli-occupation-30260>

\*Traducción al español del poema «If I Must Die», de Refaat Alareer: Montserrat Álvarez.



Entrada al campo de exterminio de Aushwitz-Birkenau.

Han pasado 80 años desde la liberación de Auschwitz-Birkenau, el mayor campo de exterminio del nazismo y el símbolo por antonomasia del Holocausto.

**Beatriz González de Bosio**  
beagbosio@gmail.com

# Ocho décadas de la liberación del campo de exterminio más lúgubre: Auschwitz-Birkenau

En las postrimerías de la guerra mundial desatada por el Tercer Reich alemán con una invasión a Polonia, justamente en este país ocurrió casi sorprendentemente un descubrimiento cuya crueldad dejó pasmados a los propios soldados del Ejército Rojo Soviético, organización nada ajena a los tratamientos drásticos de sus semejantes.

El 27 de enero de 1945, el avance de los soldados soviéticos con destino a Berlín era imparable. Los alemanes iban abandonando territorios con toda premura y sin tomar los recaudos necesarios para maquillar los atroces crímenes cometidos en territorio ocupado.

En la región de Birkenau, los soviéticos encontraron un campo aparentemente convencional con una curiosa consigna a la entrada: «Arbeit macht frei» (el trabajo libera). Sin embargo, se trataba del más tenebroso campo de exterminio de judíos y gitanos, donde perecieron más de un millón cien mil prisioneros.

Los sazonados oficiales soviéticos no pudieron contener su desazón ante semejante crueldad. Las tumbas a ras de suelo eran multitudinarias, las colecciones de zapatos y cabellos de las víctimas se extendían hasta cubrir el horizonte. Allí estaban las célebres «duchas» que en lugar de agua emanaban un mortífero gas. Aquel fue el lugar donde se industrializó la destrucción de seres humanos. Industrialización que era la «solución final» del problema judío preparada por una comisión de oficiales nazis, entre

los cuales sobresalió el papel burocrático de Adolf Eichmann, quien escapó de Europa para radicarse en la Argentina, antes de ser secuestrado por una delegación oficial israelí, que había llegado en un avión propio para sumarse a los festejos del sesquicentenario del «grito» del 25 de Mayo de 1810.

El celebrado y catártico juicio de Eichmann en Israel fue cubierto por la filósofa Hanna Arendt, en su faceta de periodista, para la revista *The New Yorker* en un reportaje publicado en dos partes donde acuñó la famosa frase de «la banalidad del mal». La primera parte del reportaje de Arendt apareció en las páginas de *The New Yorker* el 8 de febrero y la segunda el 23 de febrero de 1963. Fueron editados en forma de libro poco después y aparecieron en Estados Unidos bajo el sello de Viking Press ese mismo año.

El campo de Auschwitz también tuvo un protagonista cuyo lado más oscuro fue durante mucho tiempo conocido tan solo por las víctimas: un médico, también doctorado en filosofía, que realizaba experimentos genéticos en personas vivas, como inyectarles tinte en los ojos para ver si podía volverlos azules. Ese galeno logró escapar y venir al Paraguay, donde consiguió la nacionalidad bajo su mismo nombre, Josef Mengele, en 1958.

Mengele vivió sucesivamente en Asunción, en Altos y en las colonias alemanas de Itapúa antes de pasar a la clandestinidad. A pesar de ser buscado afanosamente,

hasta por la célebre cazadora de nazis Beate Klarsfeld, que vino a Paraguay en 1985. No se sabía entonces que Mengele había llevado una vida sin sobresaltos en un populoso barrio de Sao Paulo, donde falleció ahogado por accidente. La noticia del accidente solo se conoció a finales de los años 80, a través de una carta censurada del último prisionero nazi, Rudolf Hess, en la conocida prisión de Spandau, Alemania.

La conmemoración del 80 aniversario de este trauma humanitario no superado congregó este año a líderes políticos, miembros de la realeza europea y algunos de los pocos sobrevivientes y testigos, que hicieron uso de la palabra para formular dos preguntas sin respuesta: «¿Por qué nosotros? ¿Qué les hicimos?»

Ambas preguntas son muy oportunas en momentos, en los que, casi al igual que en la década de 1930, existe una ola de antisemitismo incentivado en parte por los indiscriminados bombardeos del Ejército de Israel en la Franja de Gaza, con sus trágicas consecuencias para la población civil palestina.

Auschwitz ya es un capítulo inevitable de la historia de la humanidad, que deja constancia de que la deshumanización en una guerra, con su corolario de discriminación y odio, no debe repetirse, y de que más bien ha de erigirse en su lugar un mandato de paz y convivencia pacífica.



Bertold Brecht y Oskar Maria Graf en Nueva York en 1943.

#### Robert Purdy

Como estadounidense harto de beber cerveza en nuestras imitaciones locales del Oktoberfest, el año pasado reservé un vuelo a Múnich y, camuflado dentro de uno de esos aberrantes grupos de jóvenes turistas ruidosos con caras bobas como la mía, me sumergí en el Weisn (como lo llaman allí) y descubrí: 1) que los muniqueses se visten para la ocasión con trajes bávaros —*lederhosen* ellos, *dirndls* ellas—; 2) que el entusiasmo por brincar y corear «99 Luftballons» en Múnich sigue tan fuerte como en 1985; y 3) que el Weisn tiene su propia versión de los «polvitos mágicos» que circulan en todos los bares de este infierno global: unas rayas —o unas pulgaradas, pues se inhala dieciochescamente, como rapé— del dulzón y mentolado Weisn Pulver te hacen pasar noches sin dormir y bebiendo ríos de cerveza.

Ignoro si ya tengo seguidores en Paraguay, pero me consta que (gracias a Google Translate, que devuelve al inglés original mis palabras para ellos) sí tengo unos cuantos en Greenwich Village: prometo la crónica completa de mis aventuras teutónicas en el *münchner volkfest* para octubre, la fecha más oportuna.

Antes de volver a casa, me tomé un día para visitar al fantasma de Luis de Baviera, cuyo joven y hermoso cadáver fue encontrado a orillas del lago de Starnberg. Después de permanecer casi diez minutos sumido en hondas reflexiones mientras contemplaba la tersa superficie de las aguas en pose decimonónica, a lo Werther, me aburrí endiabladamente y me lancé a las calles del pueblito aledaño de Berg en buscar de algún antro.

No tardé en toparme con una taberna bávara, una *Stüberl*, la Oskar Maria Graf *Stüberl*. Chopp en mano, fui debidamente informado de que en esa venerable casa nació el escritor epónimo el 22 de julio de 1894, noveno de los once hijos del panadero Max Graf y su esposa Therese, de soltera Heimrath.

Oskar Graf llegó a los 17 años y sin un peso a Múnich, entonces centro de la vida intelectual y artística alemana, donde los anarquistas Erich Mühsam y Gustav Landauer habían fundado el grupo Tat para difundir *la idea* entre el *lumpen-proletariat* desdeñado por los marxistas. Graf se unió a ellos con fervor y se convirtió en el secretario del grupo, mientras sobrevivía trabajando como panadero, ascensorista y empleado de correos. Pasaron largos años antes de que empezara a ganar renombre como escritor, con su novela *Wir sind Gefangene*, publicada por Drei Masken Verlag y traducida al inglés e impresa en Estados

La noche del 10 de mayo de 1933, en la hoguera que la Liga Nacional-socialista de Estudiantes Alemanes encendió en la Bebelplatz de Berlín, entre los miles de libros que ardieron no estaban los de Oskar Graf.

# Oskar Maria Graf, un bávaro en Manhattan



Residencia de Oskar Maria Graf en Nueva York de 1938 a 1967 (Foto: Robert Purdy, 2024).



Detalle de la fachada de la "Oskar Maria Graf Stüberl", con un retrato de Oskar Maria Graf vestido con traje tradicional bávaro junto a la ventana (Foto: Robert Purdy, 2024).

Unidos con el título *Prisoners All* gracias a los buenos oficios de Thomas Mann.

Si salgo en bici de mi baticueva de Manhattan, pedaleo hacia el Empire State Trail, sigo hasta el Hudson River Greenway, tomo la melancólica callejuela de St. Clair Place, me deslizo a lo largo del río Harlem, giro hacia Dyckman Street y doblo a la izquierda en Bogardus Place, llego a un gran edificio de ladrillo que se alza pesadamente desde hace un siglo en Hillside Avenue. Aquí, hasta su muerte en 1967, vivió Oskar Graf.

¿Cómo terminó Graf su vida a una hora de distancia de mi casa (en bici)? Habíamos dicho que su novela *Wir sind Gefangene* fue un éxito y que desde su publicación comenzó a ganar renombre como escritor. Sin embargo, triste ironía, esa sonrisa del destino le llegaba demasiado tarde: era 1927 y faltaba poco para que el nacionalsocialismo subiera al poder.

Cuando subió, y comenzó a prohibir libros y autores, Graf fue incluido en la «lista blanca» (la de los escritores bien vistos por el nuevo régimen) como *Heimatschriftsteller* (folclorista).

La noche del 10 de mayo de 1933, en la enorme hoguera que los horribles jóvenes de la Liga Nacional-socialista de Estudiantes Alemanes (Nationalsozialistischer Deutscher Studentenbund, NSDStB) encendieron con sus antorchas en la Bebelplatz de Berlín, entre los miles de libros que ardieron no estaban los de Oskar Graf.

Cuando Graf, que estaba en Viena, se enteró, escribió su famoso manifiesto «Verbrennt mich!» (¡Quemadme!), en el que protestaba, indignado, y exigía que sus obras también fueran prohibidas y quemadas. El incendiario —nunca mejor dicho— escrito de Graf apareció en el periódico vienés *Arbeiter-Zeitung* el 12 de mayo y marcó su destino, ya que después de su

publicación no pudo volver a Alemania. Sus deseos fueron cumplidos, sus obras fueron prohibidas y sus libros fueron quemados en una hoguera en su Múnich natal.

Tras algunos años de errancia, en 1938 Graf y su compañera, Mirjam Sachs, llegaron a Estados Unidos y se establecieron en Manhattan. La novela que muchos hoy consideran su obra maestra, *Das Leben meiner Mutter*, publicada aquí como *The Life of My Mother* en 1940, Graf la escribió en este edificio de Hillside Avenue. Su obituario, publicado en la página 43 de la edición del 29 de junio de 1967 de *The New York Times*, decía:

«Oskar Maria Graf, escritor alemán que fue uno de los primeros y más abiertos opositores a los nazis, murió ayer en el Hospital Mount Sinai. Tenía 72 años y vivía en el número 34 de Hillside Avenue, Upper Manhattan».

Después de su muerte, se siguió manteniendo durante muchos años en Manhattan una tradición creada por él en la década de 1940: el *Stammtisch*. Lo contaba, en un reportaje publicado el 24 de marzo de 1996 en el berlinés *Tagesspiegel*, un amigo de Graf que solía reunirse a comer y charlar con él en el restaurante Alt-Heidelberg, en la 2ª Avenida.

Un *Stammtisch* es una tertulia que se celebra con regularidad en un bar o restaurante para comer, beber, debatir, conversar. Una famosa fotografía ha congelado para siempre en un *Stammtisch* de Manhattan a Oskar Graf, salvaje, enorme, chopp de cerveza en la mano, y su pequeño y sonriente amigo Bertold Brecht en 1943.

Sentado en la Oskar Maria Graf *Stüberl*, me reí solo al pensar en lo cómico que era haberme topado con la historia de Graf en el pueblo donde nació, cuando vivo en la ciudad donde murió. Moraleja: los seres humanos somos capaces de verlo todo, menos lo que está en nuestras narices.

**\*Robert Purdy es tatuador, dibujante de cómics, licenciado en Bellas Artes (BFA) por la Cooper Union, estudiante del programa de Diseño Transdisciplinario de la Parsons School of Design y corresponsal del Suplemento Cultural en Nueva York.**

**\*Traducción del inglés: Montserrat Álvarez.**